

INTRODUCCION

*Al deseo que tenéis de mejorar continuamente vuestra formación, a vuestro afán de aprender, la Obra corresponde proporcionándoos, en la medida y en la forma que requieren las circunstancias personales de cada uno, un conocimiento exacto del dogma y de la moral, de la Sagrada Escritura y de la liturgia, de la historia y del derecho de la Iglesia; de manera que más fácilmente podáis elevar al plano sobrenatural los conocimientos humanos, y convertirlos en instrumento de apostolado*¹.

Toda la formación que recibimos en la Obra, y la que damos a quienes se acercan a nuestro apostolado, tiene una finalidad muy precisa: santificarnos y hacer que vengamos a ser instrumentos del Señor, *buenos dispensadores de los dones de Dios*². Para esto no basta el conocimiento de la doctrina, la adhesión intelectual a las verdades de nuestra fe, que constituyen el fundamento de la vida cristiana. El Evangelio de Jesucristo *no sólo hay que conocerlo, sino aceptarlo con un acto vital y total de la mente y del corazón, porque es El, Cristo, quien lo anuncia; porque sólo El, como exclamó San Pedro tras el incomprensible discurso de Cafarnaún, en donde se anunció la Eucaristía, sólo El tiene «palabras de vida eterna»*³⁻⁴.

La fe en Cristo implica, junto a la aceptación de la verdad divina, unas consecuencias prácticas, un nuevo estilo de vida. Pues, *¿de qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no*

(1) Carta *Sincerus est*, 11-III-1940, n. 49;

(2) *1 Petr.* IV, 10;

(3) *Ioann.* VI, 68;

(4) Pablo VI, *alloc.* 15-III-1967;

tiene obras?... Por eso podrá decir alguno: tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin obras, que yo te mostraré por las obras mi fe⁵. Es una deformación separar la fe de la vida, como si fueran realidades que sólo estuvieran relacionadas accidentalmente. Ser cristiano es creer en Cristo, imitar a Cristo, vivir con Cristo. *La santidad es un encuentro personal de cada alma con Dios, y cada alma tiene que poner de su parte cuanto pueda: las obras, el esfuerzo personal. Os lo diré con Santiago en su epístola: sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa (Iacob. II, 17). Por tanto, la fe, si no va unida a las obras, está muerta. ¡No sirve!* El Señor nos enseña la estrecha relación que hay entre la doctrina y la vida, cuando dice: *si entendéis estas cosas, seréis bienaventurados, como las practiquéis*⁶. Porque la fe, cuando es auténtica, no es un mero obsequio externo, sino el asentimiento total y pleno; en cuerpo y alma, a lo que Dios revela, y se traduce necesariamente en *una vida cristiana plena, profunda, fuerte, sólida, alimentada por la doctrina y los sacramentos de Cristo, mantenida por la oración y la meditación, sostenida en lucha generosa contra todo cuanto pudiera contrariarla, ofenderla o debilitarla*⁷.

No es de extrañar así que, si entra en crisis la doctrina de fe, se llegue a conclusiones erróneas en el plano de la ciencia moral y en la vida; y que, al contrario, una conducta desordenada —por falta de lucha contra el desorden de las propias pasiones— conduzca a una coonestación intelectual de ese modo de vida, que la conciencia bien formada rechaza. Esta situación es la que podemos observar, con tristeza, en el comportamiento de muchos, que han perdido el sentido cristiano de su vida. *Hay desorientación* —nos advierte el Padre con insistencia—, *hay falta de fe, son continuas las desviaciones en las filas del ejército de Dios en la tierra: da pena ver todo lo que se ve, de desviación moral; todo lo que se oye, de boca de no pocos sacerdotes y religiosos; todo lo que se escribe, por tantos falsos teólogos. Y la debilidad de los que tienen misión de apacentar las ovejas del rebaño de Cristo, y callan, a pesar de ver que la Iglesia está tan dolorosamente llena de errores, desviaciones y herejías*⁸.

Es cosa bien sabida que en tantos sitios se ha perdido el sen-

(5) Iacob. II, 14-18;
(6) Ioann. XIII, 17;

(7) Pío XII, alloc. 12-IV-1941;
(8) Carta Fortes in fide, 19-III-1967, n. 102;

tido del pecado. Después hablan de liberación, pero los que se expresan así suelen olvidar que Jesucristo vino a librarnos del pecado y de las cadenas del demonio, con la verdad: veritas liberabit vos (Ioann. VIII, 32). Estos quieren librarse de la pobreza, del dolor, de la enfermedad, de la vejez, de la servidumbre: de todo. Pero no del pecado. Entonces dan rienda suelta a sus pasiones y acaban vi- viendo como bestias. Sólo buscan satisfacer su afán de riqueza, su so- berbia, su deseo de poder, su sensualidad, queriendo imponerse a los demás, no por la razón, sino por la fuerza y el engaño. Es infra- humano.

Por el contrario, una vida cristiana consecuente es un pro- fundo acto de fe, manifestación de la autenticidad y fuerza de la propia creencia. *La fe es el principio de la humana salvación*⁹, *el fundamento y raíz de toda justificación*¹⁰, y también de una con- ducta santa. *Sólo a la luz de la fe y con la meditación de la palabra de Dios, es posible, siempre y en cualquier parte, reconocer a Dios en el cual «vivimos, nos movemos y somos»*¹¹, *buscar en todo mo- mento su voluntad, ver a Cristo en todo hombre, amigo o extraño, juzgar rectamente sobre el verdadero sentido y valor que las cosas temporales tienen en sí mismas y en orden al fin del hombre*¹².

La fe está ordenada precisamente a producir todos esos frutos, *porque la fe, si no se le añade la esperanza y la caridad, ni une perfectamente con Cristo, ni hace miembro vivo de su Cuerpo. Por cuya razón se dice con toda verdad que «la fe sin obras está muerta»*¹³ *y ociosa*¹⁴. En consecuencia, en el verdadero cristiano que sea sincero, son inseparables la verdad de la fe y la regla moral, porque el conocimiento de las cosas divinas es el fundamen- to necesario de una vida buena, cuyo camino señala e ilumina¹⁵. De ahí que nos esforcemos en mejorar cada vez más nuestro conoci- miento de los fundamentos doctrinales de la moral cristiana, para conseguir mejor la unidad de vida, y que procuremos mover tam- bién a las almas despertando en su conciencia la obligación de tratar de vivir como católicos consecuentes¹⁶.

(9) San Fulgencio, *De fide ad Petrum* 1;

(10) Concilio de Trento, decr. *De iustificatio- ne*, cap. 8, D. 801 (1532);

(11) *Act.* XVII, 28;

(12) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 4;

(13) *Iacob.* II, 17;

(14) Concilio de Trento, decr. *De iustificatio- ne*, cap. 7, D. 800 (1531);

(15) Pío XII, *alloc.* 12-IV-1941;

(16) Carta *Quem per annos*, 24-X-1942, n. 17;

Estas páginas quieren recordar con sencillez los principios fundamentales que regulan la actividad humana, bajo la guía prudente y segura del Magisterio de la Iglesia, que goza en esta materia de las mismas funciones y prerrogativas que tiene en la definición y exposición de las verdades de la fe: interpretar auténtica e infaliblemente la Palabra divina revelada y los preceptos de la ley natural.

Hemos de enseñar a los demás con la palabra y la vida nuestra, especialmente en estos momentos de flojera general y de rendición incondicionada. *Enseñar, enseñar, enseñar. Toda nuestra labor es una gran catequesis. No importa que vean vuestros defectos y los míos. Con defectos personales, con errores nuestros, tenemos el deber de enseñar sin error y sin defecto los caminos de Dios. Y enseñarlos como los enseñó Jesucristo. Primero —a pesar de nuestras deficiencias, de nuestras equivocaciones patentes— con el testimonio de la vida nuestra. Después, con la palabra, con la doctrina: porque no queremos hacer un remedo de Jesucristo, deseamos con su gracia hacer una copia que sea exacta, para poder propagar la buena nueva del Redentor*¹⁷.

(17) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967, n. 136.